

cundara en su política relativa á Inglaterra. Hay esperanzas, le escribía (1); no obreis contra la reina mientras yo no os avise, ni tomeis ninguna medida sin consultarme. La reina, por su parte, no ahorra medios para conservar el apoyo moral del rey de España. «Soy tan católica como vos, decía al embajador de Felipe (2): pongo á Dios por testigo de que mi fe religiosa es la de todos los católicos de mi reino», y presentaba como prenda de su fe el crucifijo que había en el altar de su capilla y los ornamentos sacerdotales de sus capellanes (3): así los desterrados del último reinado comenzaban á escandalizarse y se indignaban de ver que despues de cuatro meses, aún toleraba Isabel la ceremonia de la misa (4) y la supremacía de la Santa Sede, como si Polo estuviera todavía en pié con su cruz de legado apostólico. No era menester ménos para contener su santa cólera que la destreza y doblez del nuevo ministro, William Cecil.

Cecil parecía á los españoles, «brutalmente» inglés; y lo juzgaban de «hombre astuto, falso, mendaz, trapacero, hereje y orgulloso con los extranjeros» (5). Aunque laico, había sido rector de una parroquia en las cercanías de Londres (6), y despues se hizo católico en tiempo de la reina María dando mucha publicidad á su abjuración; pero luégo que Isabel subió al trono, no ocultaba ya su pasión por los intereses de la Reforma. Casi todos los ingleses pasaron en aquella época por semejantes oscilaciones. ¿Hay que creer con Renard y Noailles que la ventaja del momento decidía estas apostasías?—El fervor religioso, como suele creerse, es un móvil más poderoso que el amor á la patria, ó que el sentimiento del derecho, ó que las sugerencias del interés personal; sin embargo, la fe, aún la más firme, no resulta las más de las veces, sino de la educación, ó del hábito, ó de los incidentes de una lucha: la de los ingleses del siglo XVI era maleable al gusto del soberano, porque el respeto á la autoridad monárquica era la primera necesidad de todas las clases de la nación, en un momento en que se acababa de salir de las ma-

(1) Felipe á Feria, mayo de 1559, despacho en Froude tom. VII, pág. 83: «Y que hasta ver lo qual yo avisaré á Su Santidad, no innove cosa ninguna.»

(2) Cuadra al obispo de Arras, 9 oct. 1559, *ibid.* pág. 246. «Que era tan católica como yo y que hacia á Dios testigo de lo que creía, que no era diferente de lo que todos los católicos creían.»

(3) *Ibid.* pág. 145. Cuadra al obispo de Arras, 9 oct. 1559. «La reina mandó que se pusiera en el altar un crucifijo, y el domingo hubo vestimientos y clérigos vestidos como nosotros usamos.»

(4) *Epist. Tigur.* 26 marzo 1559. Jewel á Pedro Mártir.

(5) Teulet, tom. V, pág. 47. Relación del embajador Guerau de Espés. «Hombre de baja parte, pero muy astuto, falso, mentiroso y lleno de todo engaño.»

(6) Wimbledon.

tanzas de cien años de guerras civiles. El desarrollo inmediato de la riqueza pública ligó al pueblo á su bienestar y á la dinastía, que afianzaba la seguridad interior. Esta lealtad permitió á María probar á combatir la Reforma; pero no es dudoso que las pasiones populares quedaban profundamente empeñadas en el protestantismo. Isabel supo comprender la fuerza que le darian sus halagos á este instinto nacional, y se dejó llevar por el pueblo á la Reforma. Pero lo más extraño es que, comprendiendo Felipe, tan bien como ella, lo irresistible de este movimiento de reflujo, se decidió á utilizarlo en favor de su política. Si los ingleses son perdidos para la Iglesia, su inevitable apostasía puede á lo ménos ser útil á Felipe II. Hay que defender á Inglaterra contra Escocia y Francia, como defenderíamos á Bruselas, escribe Granvela (7), que con su amo, quería tener á raya más bien á Francia que á la herejía. Por odio á Francia, sostiene el rey de España á los protestantes de Escocia que se rebelan contra el trono católico de nuestra delfina María Estuardo; por odio á Francia ayuda á consolidar en Inglaterra la autoridad de Isabel, que restaura el culto reformado, y esteriliza las pretensiones de María Estuardo. Entre la herejía y Francia, aún en el momento de firmar las paces con Francia para extirpar la herejía, prefiere Felipe II la herejía. Y no es ciertamente por error; no se deja engañar por las casullas y crucifijos de Isabel; conoce en sus más leves pormenores lo que son sus creencias religiosas, sus intenciones políticas y aún sus más secretas enfermedades (8); pero hace la vista gorda para no ver estos disfraces, entregado íntegramente á su odio contra la familia de los Guisas (9). Desde el principio se yergue como enemigo de estos Guisas, que muy pronto serán sus más firmes auxiliares en el extranjero; fortalece el poder de Isabel, cuyo odio va á acumular los reveses en la segunda mitad de su reinado, y se desentiende de los progresos de la Reforma, aún en los Países Bajos, hasta el mes de su partida: «Cuando haya partido, dice el agente inglés (10), y se aplique á preservar del protestantismo á España, podrá encontrar á su regreso muy adelantado á Flandes.»

(7) El 5 diciembre 1559.

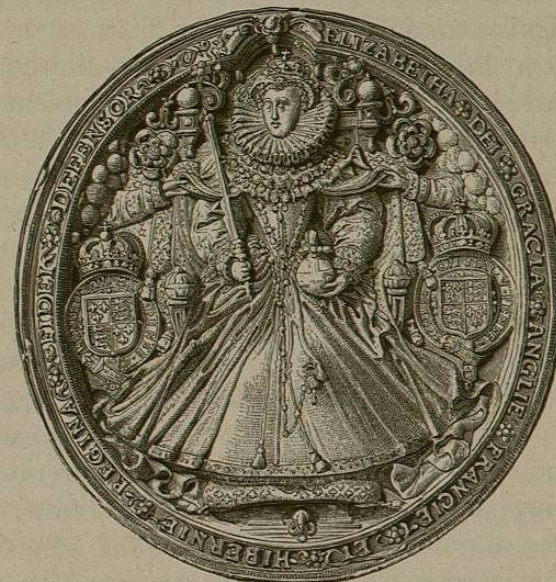
(8) Ms. Rec. of., n.º 1116. Challoner to the queen. «No, I ween, under your Grace's pardon, about your person.»

(9) *Ibid.* «The greatest enemies ye have, verily the house of Guise. Take heed of them. If the king my master, quod he, would have given assent to their offers, ye had heard of them this time.»

(10) *Ibid.* «Whem he is once departed, it may chance whilst he studieth to keep Spain pure from protestantship, he may find Flander at his return well advanced.»

Enrique II conservaba con mayor sinceridad los sentimientos religiosos que lo habían determinado á la paz. Estaba preparando una expedición al Poitou y á la Gascuña para exterminar á los protestantes (1); asistía personalmente á la ejecución en París, ejemplo que ya le había dado su padre (2); tenía audiencia real para dominar la oposición del Parlamento que temía la competencia de los tribunales eclesiásticos: allí, el consejero del Bourg se atrevió á reclamar contra las enormes rentas de los cardenales franceses.—¿Venis á echarnos bravatas? exclamó indignado el condestable (3). Pero el

digno magistrado continuó su discurso contra los abusos, y por la noche fué reducido á prisión con otros dos consejeros y un presidente. Este acto de vigor quebrantó la resistencia de los parlamentos. Pero Enrique II meditaba una empresa más gloriosa aún: en la ingenuidad del celo con que acababa de inflamarse por la religión, creyó buenamente que Felipe II iba también de buena fe en sus declaraciones contra los protestantes, y le propuso una cruzada contra Ginebra, la ciudad infiel. El condestable fué por su parte á ver al duque de Alba, recién llegado á París (4).—Menester es que los dos



Medalla de la coronación de Isabel de Inglaterra. — (Mitad del tamaño natural)

reyes se concierten para destruir esa sentina. Arrasada Ginebra, no tendrán ya guarida los fugitivos.—Más práctico sería, respondió friamente el de Alba, estudiar los medios de evitar que se reunieran allí.—Aquellos españoles sabían resistir las pasiones contrarias al interés de su país; en ellos estaba la fe subordinada al patriotismo. El duque de Alba comprendió desde luégo que no se hubiera podido atacar á Ginebra sin irritar á los suizos, sin inspirarles la tentación de invadir el Franco-Condado y de cerrar á los españoles el paso de los Alpes, necesario á las comunicaciones entre el Milanesado y los Países Bajos. Acaso también la po-

lítica española veía ventajas en dejarnos la peligrosa vecindad de aquel foco de herejía, con la idea de atizar entre nosotros contiendas religiosas.

Esta reserva del duque de Alba no impidió que desplegara un fausto régio en las ceremonias del casamiento por poderes que contrajo en nombre de Felipe II con Isabel de Valois.

El duque de Alba, que solía vestir sencillamente, ciñó aquel día una corona cerrada á la imperial y lo demás de su traje estaba cuajado de oro y pedrería (5). Adoptó la usanza francesa de besar á todas las damas que encontraba (6), y se hacia seguir de escuderos y pajes, que vestían sus colores, negro, amarillo y rojo. Por su parte la hija de Enrique II estaba adornada con un traje cubierto enteramente

(1) Ms. Rec. of., n.º 732, del 23 mayo 1559, Throckmorton to Cecil.

(2) Ms. State paper office, serie II, vol. IV Andrew Bayton to Henry III. «Estando presente el rey mismo, yendo en orden detras de las reliquias, llevando una antorcha en la mano, con sus hijos, los obispos y cardenales delante de él, y los duques, condes y demás señores detras de él, se quemaron seis herejes en una hoguera. Y el rey por su parte daba gracias á Dios que le había dado conocimiento de tan gran daño, pidiéndole perdón de haber perdonado él uno ó dos el año pasado, por no haber servido para la enmienda, y despues hizo juramento de que adelante quemaría á todos cuantos hallare.»

(3) Ms. Rec. of., n.º 833, Throckmorton to Cecil, 13 junio 1559.

(4) Despacho del duque de Alba á Felipe II, conservado en los archivos nacionales y publicado por Mignet en el *Diario de los sabios*, 1859.

(5) Guisa, *Memorias-Diarios (Mémoires-Journaux)*, pág. 442.

(6) Campana, *Filippo Secondo*, lib. II: «Nel baciar tutte le dame.»

de piedras preciosas (1). Iba conducida por tres reinas, la de Francia, la de Escocia y la de Navarra, y seguida de sus doncellas vestidas de raso violado con ribetes de hilillo de oro, y de las princesas y damas de la corte con sus doncellas vestidas de librea. El cortejo desfiló partiendo del Louvre á Nuestra Señora, y haciendo al pueblo las acostumbradas larguezas.

Era el 22 de junio de 1559: algunos días después se había helado súbitamente esta alegría. Enrique II, que era más apto para caracolear en un torneo que para dirigir á los negociadores de un tratado de paz, había de romper tres lanzas contra tres adversarios en la fiesta preparada para el 29 de junio: corrió primero contra el duque de Saboya, luego contra el de Guisa y en fin contra un hijo del conde de Lorges. Este último se llamaba el capitán Montgomery de la guardia escocesa, y aunque muy mozo, era alto y vigoroso (2), y su bote de lanza derribó al rey sobre la silla. Rotas las tres lanzas, según el programa de la función, el mariscal de Vieilleville, que había de reemplazar al rey, se adelantó para ocupar su puesto, pero Enrique II se siente humillado, y quiere romper otra lanza contra el joven capitán.

Está nervioso, y apartando vivamente al mariscal, da orden á Montgomery para tomar campo y volver á comenzar. Parten al galope los dos campeones y rompen sus lanzas; pero el capitán se olvida de arrojar á tierra el trozo de lanza que conserva enristrado, y chocando con el rey, le rompe la visera del casco con tan mala suerte que le entró una astilla en la frente por encima del ojo derecho. Suelta las bridas el rey y cae sin sentido; llévanselo al momento, lo desembarazan de la armadura, y se ve que la herida es pequeña, pero el herido no vuelve en sí. Los cirujanos no pueden extraer la astilla, y para estudiar prácticamente el caso, hacen que se les entreguen cinco ó seis condenados, á quienes matan claván-

(1) Guisa. *Memoires-Jornaux*.

(2) Ms. Rec. of., n.º 902, Throckmorton to the queen. Esta relación está conforme con la de Carlois, el autor de las *Memorias de Vieilleville*.

dolés astillas en la frente (3); disecan luego sus cabezas y no aprenden nada. Felipe II envía á su cirujano el ilustre Vesale, que llega el 5 de julio (4), demasiado tarde para curar un mal agravado ya después de siete días: el rey muere el 9. Tres días después se ejecutaban tres protestantes como para celebrar sus funerales, según sus últimas voluntades (5).

Ya era tiempo de que Felipe pensara también en sus deberes de protector de la Iglesia. No sin inquietudes se decidía á salir de Flandes; pero antes de alejarse de allí, quiso dejar recomendaciones contra los herejes. Intimó á los estados provinciales á mostrarse solícitos en vigilar si por todas partes se hacían las ejecuciones con todo rigor, sin respetar á nadie de los que pudieran ser siquiera sospechosos de creer en los artículos de Lutero, y si los jueces usaban de disimulación ó connivencia. Designó como regente de los Países Bajos á la duquesa de Parma con el cardenal Granvela por principal consejero, y finalmente dió instrucciones para hacerse á la vela con rumbo á España el 8 de agosto. El día señalado estaba todo á bordo, hasta el vino, hasta la cama del rey, cuando llegó á la escuadra una contraórden (6). Esta vez no retuvieron á Felipe las preocupaciones políticas, ni los escrúpulos de conciencia; fué sólo «el loco de Nostradamo, que con sus pronósticos de tempestades y naufragios para el mes de agosto había llevado el terror al ánimo de los navegantes.» (7). La partida se realizó por fin el 23 de agosto (8), y Felipe desembarcó en España el 8 de setiembre (9).

(3) Stevenson, pról. al t. II del *Calendar foreign Elizabeth*, p. 48.

(4) Ms. Rec. of., n.º 950, Throckmorton to Cecil, 8 julio 1559. Vese por esta carta que Ruy Gomez llegó á Paris el 5 de julio y no con el duque de Alba, para la ceremonia del casamiento, como han creído muchos historiadores.

(5) Ms. Rec. of., n.º 987.

(6) Ms. Rec. of. n.º 1168. Challoner to Cecil.

(7) Ibid. n.º 1258. «The foolish Nostradamus with his threats of tempests and shipwrecks this month, did put these sailors in a great fear.»

(8) Ibid.

(9) Gachard. *Corresp. de Felipe II*, tomo I, pag. 187.—Ms. Rec. of. n.º 1354. Este desembarco fué positivamente el 8 de setiembre, y no el 29 de agosto, como dicen en su mayoría los historiadores.

## CAPÍTULO IV

## LAS COSTUMBRES É IDEAS RELIGIOSAS DE ESPAÑA EN EL REINADO DE FELIPE II

ABATIMIENTO DE LOS REINOS ESPAÑOLES.—ASPEREZA DE LAS COSTUMBRES.—LA VIDA PRIVADA.—PREOCUPACIONES RELIGIOSAS.—SANTA TERESA.—LA COMPAÑIA DE JESUS.—LA INQUISICION.—DOMINACION DEL REY POR LA INQUISICION.—LUCHAS DE LA INQUISICION CONTRA EL CLERO.

## I.—Abatimiento de los reinos españoles

Aquel príncipe, que retardaba su partida por una ocurrencia de Nostradamo, que toleraba en Inglaterra los herejes, los dejaba á sus anchas en Ginebra y los protegía en Escocia, tan luego como arribó á España se mostró el más implacable de los perseguidores, autorizó con su presencia las ejecuciones en hoguera y persiguió con su odio á los prelados á quienes miraba con malos ojos la cábala investida con el poder de apreciar la fe. Cambio tan brusco no puede explicarse sino por la situación moral y religiosa del país á que volvía Felipe II. Hay que entrar con él en ese mundo pintoresco y olvidado.

La nación no había podido vivir y crecer sino á condición de sus porfiadas luchas contra los musulmanes almoravides, almohades, benimerines: estas guerras entre enemigos de raza y de religion habían arruinado las ciudades, taldado los bosques, destruido las antiguas vías de los romanos y las recientes obras de irrigación de los moros, á la vez que habían endurecido los corazones y enseñado el menosprecio del trabajo pacífico. «España, fuente de orgullo en un valle de miseria,» decía tristemente un inglés (1); todos los extranjeros estaban sobrecojidos ante el espectáculo de esta desconsoladora pobreza; era un desierto lo que atravesaban para ir á la corte, y tenían que ir provistos de víveres, y que acampar todas las noches bajo una tienda y hacerse preceder de guías por llanuras incultas y desfiladeros inhabitados (2). El mismo rey, cuando iba de una á otra capital, no encontraba en el camino alojamiento ni comida (3); las

posadas de los pueblos ocupadas por los maleantes arrieros y las sucias criadas que describe Cervantes, no tenían más que sillas rotas y ventanillas abiertas á todos vientos (4), carnes podridas y huevos gárgoles (5). Cuando los campos están abandonados, las ciudades están hambrientas: la idea del hambre está presente en todos los espíritus; corre peligro de morir de inanición el que no es religioso, soldado ó paje; los narradores de cuentos están seguros de despertar el interés cuando pintan el hambre y los ingeniosos recursos que ella inspira; saben que cada cual ha visto y acaso pasado estos sufrimientos.

Quien no ha vivido entre famélicos hallará sin duda frío el chiste del rústico á quien un hidalgo pondera el buen temple de su espada.—Cortaria con esta hoja una vedija de lana, dice el soldado.—Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras, contesta el otro (6). El pan era un regalo suficiente para mantener despierto una noche en peso al niño que no estaba acostumbrado á saborearlo (7).—No se tiene todos los días pan y nueces.—Hay más días que longanizas, dicen los refranes (8). El hábito de la sobriedad contraído desde la infancia viene á ser en el soldado español una cualidad que admira á los capitanes extranjeros. «Son pacientes de hambre,» concluye Brantome (9) después de haber citado raros ejemplos de su aptitud para soportar privaciones. Al propio tiempo lo quemás los admira á ellos mismos fuera de su país es la abundancia de buena comida. «Sus festejos se

(4) Don Mariano José de Larra, *En este país*, 1833.

(5) *Guzman de Alfarache*, el *Lazarillo de Tormes* y demás novelas contemporáneas.

(6) «Veisla aquí; yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana.—Y yo dije entre mí: Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras.»

(7) «Leonardillo, come este pan poco á poco y en acabándosete, despiértame.» *La Pícaro Justina*, por Francisco Lopez de Ubeda.

(8) «No todas veces pan y nueces.—Hay más días que longanizas.»

(9) *Baladronadas españolas*.

(1) Ms. Rec. of. foreign Elizabeth, n.º 959 del 26 de marzo de 1562. Challoner to Cecil.

(2) *Relaz. ven. Andrea Navagero*. Véase también á Guicciardini, la *Legazione di Spagna*. Firenze, 1864.

(3) Anales del año ochenta y cinco en el que el rey Católico se fué á Monzon; compuesto por Enrique Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del cuerpo real. Ms. publicado en Madrid por orden del ministro de la Gobernación, 1876.